17

SHOUT
SHARE
IT

PUCELA

HISTORIA
VERDADERA
DE LA PERDIDA, Y RESTAURACION
DE ESPAÑA,
DE DON PELAYO, Y DON GARCIA
Infante de Aragon.

SACADA DE DON RODRIGO [illegible]
POR
AUTOR
[illegible]

En [illegible], en la Oficina de Don [illegible]
Año [illegible], Calle de la Libreria.

92.

1295277527

Pliegos 4.

HISTORIA
VERDADERA
DE LA PERDIDA, Y RESTAURACION
DE ESPAÑA,

POR DON PELAYO, Y DON GARCIA
Ximenez de Aragon.

SACADA DE DON RODRIGO, MORALES, PISA,
Juliano, y varios manuscritos antiguos.

SU AUTOR
DON MANUEL JOSEF MARTIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Oficina de Don Juan Rodriguez de la Torre, Calle de la Librería.

J. HAZAÑA

CAPITULO PRIMERO.

Estado Funesto de España. Reynado de D. Rodrigo, y progresos con la Caba. Pronostico sobre la pèrdida de España. Traza el Conde Don Julian su traicion. Declarase la traicion, y se previenen unos y otros à la pelèa. Batalla grande que se diò donde se perdiò España, y en què parò Don Rodrigo.

CON mil estragos de Religion, y costumbres se hallaba el Imperio de los Godos en España cerca de los años de setecientos y once, no solo por las Parcialidades de los Grandes, que cada qual queria ser Rey de su mano, sino por las malas, y sacrilegas leyes de Witiza, en que negò la obediencia al Papa. Concediò, que cada uno tuviese las mugeres que quisiese, y que los Clerigos se casasen. Sucediò à este malvado Rey, Don Rodrigo, hijo del Infante Theodofredo, y nieto del Rey Chindesvinto, el qual andaba fugitivo de Witiza, que procuraba su muerte; pero tuvo maña como hacerse con gente, y dar contra Witiza; y cogiendole preso, le sa-

sacò los ojos, y le hizo morir en prision: cas tigo, que èl merecia por sus maldades, y porque lo mismo habia hecho hacer con Theodofredo, padre de Don Rodrigo.

Entrò à reynar este, y tomò por su Privado al Conde Don Julian, sugeto muy poderoso, y de muchos estados en la Mancha, Andalucia, Africa, y en Portugal. Este tenia una hija, llamada *Caba Julia Florinda* que se criaba por Dama en el Palacio del Rey Aficionòse à ella el Rey Don Rodrigo, po sus prendas, y hermosura, è intentò hacer la muger suya, lo que tenia al Conde muy gozoso, y à ella bastante alegre. Pero el Re no cumpliò lo prometido, porque hizo ve nir de Africa à Egilona, con quien se ca sò. Quedò la Caba tan sentida de la burl como picado su Padre del juego de la fortu na. Disimulò, no obstante, uno, y otro agravio, forjando en sus pechos la vènganz Cansòse el Rey de los brazos de su espo Egilona, y bolviò à mirar con aficion à Caba. Procuraba atraherla à sì, dandola à e tender por señas, y palabras sus pensamie tos; y aunque temeròso à los principios de pues con bastante desahogo.

Re-

Resistiòse la Caba muy à lo de noble, dandose por desentendida à las señas, y por agraviada à las palabras. Con el mismo brio que rechazò las promesas, despreciò los alhagos, y caricias: y mas, que los recuerdos de la ofensa pasada, en vez de ablandarla, elevaban, y endurecian su voluntad. El Rey, viendo lo firme è inconstante de Florinda, ò la Caba, consiguiò por fuerza lo que no pudo por el alhago. Quedò la Caba hecha toda al dolor, viendose deshonrada, y participò à su Padre lo qne èl habia executado con ella, para que tomase venganza del agravio. Luego que Don Julian recibiò la carta de su hija, en que le participaba la afrenta, saliendo fuera de si, se diò à trazar la venganza, haciendo entonces de disimulado, hasta poner en planta sus trazas, en que sobrevino toda la infelicidad à nuestra España. Bien es que ya algunos Historiadores no atribuyen la causa de perderse España à la afrenta de Florinda: pudo ser si espuela que avivò mas la traycion que ya el Conde Don Julian estaba trazando en Africa por favorecer à los hijos de Witiza, sus sobrinos: todo permision del Cielo por la relaxacion de la Ley Christiana, que

Don

Don Rodrigo proseguia, como su antecesor malvado.

Manifestòse bien en èl aquel pronostico espantoso, que refieren algunos de los Historiadores, que aconteciò en Toledo, cuyo credito es fuerza que se abrace, por los graves Autores que lo cuentan. Habia en Toledo, acia la parte Oriental, entre unas rajadas peñas, una Torre, fundacion antìquisima de Hercules. Esta estaba cerrada con muchos candados, la qual ninguno de los Reyes, se atrevian à abrir, por lo que corria, de que quien abriese aquella Torre habia de perder à España.

El Rey Don Rodrigo se burlaba de estos rumores, persuadiendose, que eran supuestos, para que no se abriese, ni se sacasen los ricos tesoros que en ella estaban escondidos, y asi se determinò à abrir la Torre; y entrando en ella acompañado de algunos, en vez de los tesoros que buscaba, hallaron solo un arca con un lienzo, donde estaban pintados hombres de diversos trages, puestos à caballo, unos con lanzas, y otros con ballestas, coronados los cabellos con tocas alistadas; al modo, que los Arabes, y Moros

Afri-

Africanos, y un letrero en latin, segun el Arzobispo D. Rodrigo, que reducido al Castellano, decia: *Quien abriere los candados de esta Torre, perderà à España.*

Quedaron todos atonitos, y el Rey mucho mas, y mandando cerrar la Torre, encomendòlos no dixesen cosa de lo que habian visto. Todo esto aconteciò antes que el Rey violentase à la Caba. En todo este tiempo el Conde Don Julian trazaba las cosas con el Gobernador Musa: determinò venir à España à verse con el Rey en Toledo, fingiendo algunas diligencias de importancia. Recibiòle el Rey con todas demostraciones de alegria, y como brindandole con nuevas mercedes, temeroso quizà, que le contase la hija lo que yà èl sabia. Todo lo advertia el Conde: con que asiendo mañoso de lo que le importaba, le pidiò el Gobierno de los lugares de Africa, tomando por causa, querer estar à la vista del Moro, para impedirle qualesquier invasiones. Todo se lo concediò el Rey, y mas que le pidiera.

Con esto levantò su casa, y con su muger Frandina se partiò para el Gobierno, dexando para mayor disimulo à su hija Florin-

da

da en servicio de la Reyna. Antes de partirse conspirò à todos sus aliados, y amigos con el silencio que pedian materias tan arduas, descubriendoles su pecho, y lo afrentado que estaba; y que el designio de irse à aquellas partes, era por pedir ayuda al Moro Musa, para quitarle à Don Rodrigo la Corona, y hacer, que la obtubiesen los hijos de Witiza sus sobrinos. Ofreciòles à todos Titulos, Oficios, Cargos, Gobiernos, y cada uno de por sì le ofreciò acudirles con armas, vida, y hacienda. Llegado el Conde à Africa, luego pasò à verse con Musa, con quien contratò el hecho, en razon de favorecer à los hijos de Witiza. Significòle la buena ocasion que se le ofrecia, para hacerle Señor de todo el Imperio Gotico. Encareciòle la facilidad con que podia conseguirlo, y convidòse, que seria el primero, que dandole su ayuda, correria la Campaña, asegurandole, que todos sus aliados, y parciales habian de acogerse à sus Vanderas.

En tanto que se tramaba, bolviò el Conde à Toledo, con el fin de llevarse consigo à su hija. Fingiòle al Rey, que su muger Frandina quedaba en Africa enferma, y que

jue la ausencia de su hija, y carecer de ella, la agravaba mas la enfermedad, y con sola su vista afianzaba su salud. Sintiò el Rey el haberse de desprender de su Idolatrada beldad: pero huvo de concederlo, con que se la llevò consigo. Todo yà dispuesto, se empezò à tantear la empresa, haciendo algùnas correrias, en que se asegurò el Moro de que aquello iba de veras. Aumentose la gente del Conde, y sus aliados, y asimismo la del Moro, y empezò la empresa con todo vigor. Llegò aviso al Rey, y turbado con la novedad, juntò la gente que pudo, y despachò à su sobrino Don Sancho, quien peleò con esforzado valor; pero fue vencido en varias ocasiones, y por ultimo muerto.

Viòse el Rey Don Rodrigo obligado à salir: juntò un grueso Exercito, y en los Campos de Xerez se dieron vista uno y otro Exercito. Trabaron una sangrienta batalla: el Rey andaba de una y otra parte animando à los suyos; pero quando viò que los dos hijos de Witiza, dejando el lado del Rey, se hicieron con los Moros, y demas rebeldes, desmayò mucho. Esta traicion degollò los brios à los que hasta entonces habian andado bizarros. Montò el Rey en un Caballo, è hizo por sì tales bizarrias, que ti-

tubeò la barbara canalla; mas nada fue bastan
para no quedar vencidos los nuestros, y el M
ro triunfante. Dia el mas infeliz para Espa
quedandose desde entonces perdida, despoblad
sus Ciudades, cautivos sus hijos, saqueadas s
riquezas, bueltas en llando sus glorias, desdora
dos sus blasones, la Religion por el suelo, la F
Christiana extinguida, muertos sus Ministro
deshechos sus Santuarios, y derribadas sus lgle
sias. O! los daños que acarrea una deshonra.

El Rey Don Rodrigo, que hasta el fin d
la batalla peleò valiente, desapareciò en un pun
to, sin que las ansias del vencedor pudiesen des
cubrirle, ni vivo, ni muerto. Solo hallaron su
Caballo à orillas del Rio Guadalete, y las Insig-
nias Reales, la Purpura, y Corona, sembradas
por la arena. Su cuerpo nunca se hallò, salvo lo
que cuentan algunas tradiciones, rastreadas de
un sepulcro, que se hallò junto à Visèo, Ciudad
de Portugal, cuya Inscripcion dice asi: AQUI
YACE DON RODRIGO, ULTIMO REY
DE LOS GODOS. Dicese, que trocando el Rey
sus vestidos con los de un pastor, se fue desco-
nocido al Monasterio de Cauliniana junto à Me-
rida donde confesò sus culpas, y que despues se
retiro à la aspera Soledad de Pederneyra en Por-

tu-

ugal; y alli en compañia de un Monge, llamado Romano, hizo penitencia, y acabò su vida. Este fue el fin de este Rey, bastante dichoso, pues con penitencia, y llanto curò sus desaciertos.

CAPITULO. II.

Estado infeliz en que se viò España con la entrada de los Moros. Levantase Don Pelayo contra los Moros. Causa de esta sublebacion. Libertase Don Pelayo de un grande peligro.

DExase ahora muy bien entender el triste, y lamentable estado en que quedò consternada la España con su pèrdida, y furiosa invasion de los Moros, por haber entrado esta gente soèz, como executora de la Divina Justicia, para castigar las enormes culpas de los lascivos Reyes. Esta fue la causa de nuestra ruina; y no hay que alegar por causa de la misma el quexarse la Caba de su agravio, sino el haber quebrantado las Sagradas Leyes; pues San Beda, y San Bonifacio, Arzobispo de Maguncia, à los pecados atribuyen la pèrdida de España, no à que la Caba clamase.

To-

Todo el cuidado de los Christianos en es lastimoso tiempo no era otro, que huìr de la fu ria de los Moros, esconder las reliquias, las Sa gradas Imagenes, y Sagrados Libros, acogien dose à las asperezas de los montes: pero com los Moros volaban en el alcance, muchos Fie les no pararon hasta resguardarse detràs de la murallas que formò la Naturaleza en las aspera montañas de Asturias, Vizcaya, Alava, y Na varra; porque en dos años ganaron los Arabes la Ciudades de Osma, Segovia, Palencia, Astorga y Amaya, con los demàs Lugares de la Bardulia, que era la Provincia de Castilla Antigua. Retira ronse, pues, los Christianos, llevando consigo lo mas precioso de las Iglesias, teniendo siempre esperanzas, que se trocarian los tiempos, y hallarian algun alivio, y amparo. Las Imagenes Sagradas, que no podian soportar, las ocultaban en lugares asperos, ò para que con los tiempos las encontrasen los venideros, ò para que aquellos Barbaros no las profanasen.

Referir las grandes vexaciones que entonces padecieron los Christianos, no hay papel para escribirlas, como tampoco el discrimen que padeciò la Religion Catholica. No obstante, harè relacion de algunas por comun, para que se

vea

vea al estado que vino la Christiandad. Esta relacion, aunque comun serà especial, por ser sacada de algunos Manuscritos antiguos.

Por un Privilegio de Albozaen, nieto del Moro Tarif, Governador de Coimbra, y su Partido consta, que los Christianos Mozarabes (esto es, Christianos, que vivian debaxo del dominio de los Moros) pagaban doblado tributo que los mismos Moros. Las Iglesias pechaban veinte y cinco pesantes de buena plata; los Monasterios cinquenta pesantes, y las Cathedrales cien pesantes de la misma plata. Pesante venia à ser la onza, que ahora llamamos peso. Para lo tocante al Gobierno Politico, el Governador Moro nombraba un Conde Christiano en cada Partido, para que sentenciase las causas, segun el Fuero-Juzgo Gotico; pero la sentencia de muerte no se executase, sin que primero pasase ante el Alcayde de los Moros, y por la vista le daban quince pesantes. Intimaron estas leyes: Que si el Christiano injuriaba à algun Moro, el Alcayde Moro conocia la entidad de la causa. Si el Catholico incurria en estrupro con Mora, incurria en pena de muerte, sino queria casarse con ella. Si violentaba à Mora casada, quedaba sujeto à pena de la vida. Si el Christiano entraba en al-

guna

guna Mezquita, y si no se reducia al Mahometismo, tenia pena de muerte. A los Sacerdotes se les impedia decir Misa, estando abiertas las puertas de sus Iglesias.

Estos Decretos abrieron la puerta à la malevolencia de los Moros, para que aun sin haber dado motivo acusasen à los Christianos; y asi Theodio, Gobernador de los Chistianos, descendiente del Rey Witiza, en la donacion que hizo al Monasterio de Lorban, dice, que por intercesion del Abad, dos veces fue absuelto de la sentencia de muerte, y que eran muchas las opresiones, y continuos los tormentos, que sufrian los Catholicos. Los Christianos que no permitieron verse sujetos à los Arabes, padecieron inhumanas crueldades. El Padre Venero, y el Padre Prieto, en sus Historias manuscritas de Burgos, citando una Donacion de Don Pedro Primero, Obispo en Castilla, dicen, que por haberse resistido la Ciudad de Oca, mandò Abdalariz Iben Muz, que la entrasen à fuego, y sangre. Pasaron à cuchillo al Obispo, y demàs Eclesiasticos, y la Cathedral reduxeron à cenizas. No fue sola la Iglesia de Oca la que se viò arder en llamas. El Arzobispo Don Rodrigo asegura, que no huvo Iglesia Cathedral, que no

pa-

padeciese ruìna, ò que el fuego no la reduxese à pavesas. Si quedò alguna en pie à los principios, fue para que despues llorasen las piedras al verse profanadas con las soeces ceremonias de los Mahometanos, y al mirarse convertidas en Mezquitas.

Eran por extremo las vexaciones, y burlas que hacian los Moros à los Christianos; porque lo mismo era encontrarlos, que mofarles, y echarles muchas maldiciones. Los muchachos por las calles los perseguian, y con muchos oprobios los auyentaban à pedradas, hasta hacerlos refugiar dentro de sus casas, y aun en ellas no estaban libres. Quando oìan tocar las campanas de las Iglesias, para que recurriesen los Catholicos à los Divinos Oficios, à quantos transitaban à ellos les blasfemaban, y hacian mil irrisiones. A los Sacerdotes, quando llevaban los Difuntos à darles sepultura, è iban, segun costumbre, cantandoles los Responsos, les remedaban, y burlaban, y à veces les hacian huir; dexando el cuerpo difunto solo en la calle, con quien hacian mil insolencias. En fin, en los caminos, si cogian algun Christiano, le trataban malisimamente, le robaban quanto llevaba, y aunque se quexase, era poco atendido. Los Ara-

bes

bes que se preciaban de doctos, escribe Lubio, que ponian grande conato en pervertir à los Catholicos, para reducirlos al Mahometismo.

Las Iglesias, y los Monasterios, no solo padecieron su ruina en la entrada de los Moros, sino que tambien la codicia de los malos Christianos se apoderò de las Iglesias, y Monasterios mas principales; y algunos, que eran detenidos, y timoratos, en su lugar fundaron Iglesias, y Monasterios pequeños, como consta de un Testimonio del libro antiguo de la Iglesia de Braga. Con la libertad, que el Rey Witiza, y prosiguiò el Rey Don Rodrigo, puso à los hijos del siglo, dice un antiguo Escritor, bolvieron las espaldas à los preceptos de la Ley Evangelica, y à los Decretos de los Sagrados Canones, haciendo poco caso de la doctrina, que les daban los Prelados zelosos, y demàs Ministros de la Iglesia; y asi llegò à dominar en ellos en tanto grado la codicia, en usurpar los bienes agenos, y apoderarse de las Rentas Eclesiasticas, que llegaron à cerrarse muchas Iglesias. Y por ultimo, los malos, y perversos Christianos con la compañia iniqua de los Moros, llegaron à perder de todo punto el Santo temor de Dios, con que à què extremo llegaria la infeliz, y desdichada España?

Al

Al quarto año, despues que el Rey Don Rodrigo fue derrotado, que le cuentan algunos el año de 718. y otros el de 717. estando las cosas de España en tan miserable estado, estaba retirado con los demas Españoles en Asturias Don Pelayo, Principe valeroso, hijo del Duque Fafila, ò Favila, nieto del Rey Chindasvinto, primero, y Page de Lanza del infeliz Don Rodrigo. Este, favorecido de Dios, y asistido de algunos valerosos Soldados, como de otros Señores, levantò Vandera contra los Sarracenos, y fue aclamado Rey de la manera que dirè.

Tenia Don Pelayo una hermana muy hermosa, à quien deseò haber por muger un Governador de la Region de Gijon, en las Asturias llamado Munnuza, ò Numacio: unos dicen, que era Moro, y otros, que Christiano renegado del vando de los Arabes. Este, para conseguir su intento, se hizo muy amigo de Don Pelayo, y le embiò debajo de salvo conducto à Cordoba con embaxada al Gobernador Tarif. En este medio (que sin duda se valiò de esta embajada, para lograr sus fines) hubo en su poder à la hermana de Don Pelayo: si por fuerza ò à titulo de matrimonio, no se averigua:

solo que quando bolviò Don Pelayo sintiò m
cho esta afrenta, y se llevò con disimulo à
hermana à lo mas lejos de las Asturias, don
en este sentimiento, y el comun de vèr la i
felicidad de los Moros, porque en las Ciud
des donde habian entrado, no dexaban mu
res casadas, ni doncellas, para usar de ellas à
gusto, unas por amigas, otras por esclavas,
guardando pacto, ni concierto de lo que habi
prometido, padeciendo los Christianos la m
yor miseria, y esclavitud que se podia pens
martyrizandolos cada dia, por obligarlos à
guir su falsa Secta: con esto se determinò
buen Principe à hacer quanto pudiese por ve
gar estas injurias.

Munnuza, luego que echò menos à D
Pelayo, y à su hermana, como burlado de
que habia hecho, fingiendo mil embustes c
tra èl, avisò con presteza al Gobernador Ta
afeando mucho los hechos de Don Pela
Mandò Tarif, que le prendiesen, y traxese
Cordoba. No se descuidò de hacer esta dilig
cia Munnuza: embiò luego à prender à Don
layo, el qual avisado, se huyò atravesando
rio, que venia muy crecido, llamado Pionia,
ahora Bueña. Ibanle siguiendo bastantes Sol
dos,

dos, y el viendose entre ellos, y las furiosas corrientes, dando de espuelas al Caballo, se arrojò al agua, y pasando libre al otro lado, dejo burlados à los que le seguian, no atreviendose ellos à hecer otro tanto.

CAPITULO. III.

Lebanta Don Pelayo Vandera, se le agregan varios Christianos. Hacenle Rey. Viene contra èl un formidable Exercito, y prodigios que Dios obrò en su defensa. Dà gracias à Dios de la victoria. Funestas muertes, de Don Julian, los hijos de Witiza, el Obispo Oppas, muger, é hijo de D. Julian. Tòma de Toledo. desastres y crueldades, que obraron en ella los Moros, y muerte desastrada de Munnuza, Gobernador de Gijon.

Viendo Don Pelayo su manifiesto peligro, y quanto le convenia guardarse, y defenderse, determinò lebantar Vandera, tocar Caxas, hacer gente, y probar su ventura. Llegaronsele muchos Christianos, que todos deseaban lo mismo; à los quales con santas amonestaciones les puso en los animos nuevo esfuerzo, y de-

deseo de libertad, como tambien de tomar ve
ganza de los agravios hechos à la Nacion Esp
ñola, Religion Christiana, su Iglesia, y à Dio
Todos los que estaban presentes, con lagrim
de gozo, y encendidos en ira, y zelo santo, d
seaban yà verse en ocasion de poner en exec
cion sus deseos; y para hacer esto con m
acuerdo, se fueron à una montaña llamada Ausev
sobre el Valle de Cangas, donde habia una Cu
va para poderse recoger, que està en una peñ
rajada, y en lo muy alto de ella tenia la boca
manera de una ventana, à la qual se entraba co
grande dificultad, y peligro de despeñarse. Lla
mòse *Covadonga*, y hoy se llama *Santa Mari
de Covadonga*, por el Santuario que alli existe.

Esta fue la Fortaleza que tomò Don Pe
layo, y los suyos. Puso en ella las armas qu
pudo, y mantenimiento, por si fuese cercado
La gente que con èl estaban eran hasta mi
hombres, y todos de comun acuerdo le nom
braron Rey. Los Moros, que supieron lo qu
pasaba, acudieron luego al remedio con un grue
so Exercito. Vino un Capitan llamado Alcam
Maestro de la Milicia Morisca, y con much
gente asi de Moros, como de Christianos, d
los quales seguian la parte del Conde Don Ju

li-

lian, y con ellos el Obispo Oppas. Llegaron donde estaba Don Pelayo, y su gente; y visto el lugar tan fuerte, determinaron hacer con mâña lo que à su parecer no podian con fuerza. Llegose muy cerca Don Oppas, y pidiò à Don Pelayo se llegase, que tenia que hablarle. Era persuadirle, que se rindiese, porque era cierto que habia de ser vencido con tanta gente como le tenian cercado, que le ofrecian perdon, y tierras en que vivir, y que no quisiese morir desesperadamente en manos de quien no le guardaria ninguna misericordia, sino que antes moriria, como otros rebeldes, y obstinados. A todo esto respondiò el valeroso Principe, concluyendo su respuesta, que habia de morir, ò vencer.

Con esto los Moros comenzaron por todas partes à acometer la Cueva, arrojando saetas, piedras, y dardos, que parecia lluvia. El socorro y defensa fue de Dios, y de todos los Santos de España, que milagrosamente se viò, que las saetas, y piedras, con los dardos, se bolvian contra los Moros. Visto este milagro por los Christianos, y que tenian de su parte à su Dios, salieron de la Cueva Don Pelayo, y los suyos; y advirtiendo, que el Cielo peleaba por ellos, acometieron à los contrarios de tropel, y

sin

sin orden los quales atemorizados bolvieron las espaldas: mas siguiendoles el alcance los Catolicos, mataron hasta veinte mil Moros. El Obispo Sebastiano, y otros aun ponen mayor numero. Aconteciò asimismo otro milagro, que huyendo el resto del Exercito, cerca de la Villa de Onis, una montaña, que estaba cerca del rio Deba, se arrancò, y fue causa, que un numero de los Barbaros pereciesen, y fuesen sepultados. Espanta la multitud que la peña tomò debaxo; porque el referido Obispo dice, que murieron sepultados hasta sesenta mil: numero, que parece increible: pero ademàs de este Autor, aseguran lo mismo Ambrosio de Morales, y el Doctor Pisa.

Don Pelayo, agradeciendo à Dios esta gloriosa victoria, hizo una Iglesia inmediata à la Cueva que hoy se llama *Nuestra Señora de Covadonga.* Quando supieron los Moros esta gran pèrdida, y derrota de los suyos, creyendo, que el Conde Don Julian, y los hijos del Rey Witiza, habian sido causa de aquel destrozo, por algun concierto secreto, que con el Principe Don Pelayo tenian, luego los degollaron, y tomaron quanto tenian; y hay quien diga que en Ceuta, donde estaban la muger, y un hi-

hijo del Conde Don Julian, fueron despeñados por los Christianos, luego que supieron la victoria de Don Pelayo, y la muerte de Don Julian. No executaron lo mismo con la Caba, ò Florinda, por que habia muerto.

El Arzobispo Oppas fue preso, y perdiò luego la vida, y hay quien dice, que este fue castigo de lo que merecia; pues asi en adelante, como en la toma de Toledo por los Moros hizo mucho con ellos, para que fuese cogida, y no menos para que los Christianos, Iglesias, y Monasterios padeciesen. Porque como los Moros proseguian cogiendo varias Ciudades, llegaron à la Capital, que era Toledo, y la cogieron. Consintieron los Moros, que quedasen à los Christianos solo seis Templos, exceptuando el Templo Mayor, que era la Sede Cathedral, que la querian para Mezquita Mayor. Los demàs, que fueron 28. los destruyeron, profanaron, è hicieron Mezquitas. Las Iglesias que quedaron para los Christianos, fueron la de Santa Justa, San Torquato, Santa Lucia, San Marcos, Santa Eulalia, y Santa Leocadia, intra muros, cuyos Christianos se llamaron Muzarabes.

Muchos Ciudadanos de Toledo, temiendo la crueldad de los Moros, desampararon la Ciudad,

dad, y otros padecieron diversos, y crueles martyrios por la Fè, consintiendo à ello el iniquo Oppas. Juliano refiese cumplidamente lo que pasò en el Cerco, y condiciones con que se entregaron los Toledanos, que fue à 25. de Mayo del año de 719. habiendo estado despues poseida de vil canalla Morisma 376. años. Quando los Moros cogieron la Ciudad, padecieron martyrio muchos; y entre ellos, dice este mismo Autor, que murieron à manos de los Moros David, Paulo, Sicemunco, Severiano, Naucio, Triserico, Theodulos, pariente, de San Ildefonso, y otros muchos; mas todo se executò, *vidente, & approbante, ut creditur, maledicto Oppane.* Esto se hizo à vista, y aprobacion del Oppas. Maldito llama Juliano à Oppas, Arzobispo intruso, que tuvo parte, y consintiò en tantas calamidades, y trabajos como se han referido; y asi muriò como merecia, y el Conde Don Julian, su muger, è hijo, con los Witizas, castigo que se les debia en pena de sus traycio-nes, y maldades.

El Gobernador de Gijon Munnuza, tambien tuvo su merecido; pues noticioso de la gran batalla, y portentosa derrota de los suyos, dejando el Gobierno, echò à huir; pero los nues-

nuestros le cortaron el paso en una Aldèa, llamada Olalles, tres leguas de Oviedo, y sus naturales, saliendo con chuzos, y palos, acabaron con èl miserablemente: de modo, que no quedò en Asturias Moro à vida, que todos fueron muertos, y los que se pudieron libertar de la muerte, huyeron apresuradamente, y por caminos desconocidos, y que no fueron vistos.

CAPITULO. IV.

Segunda batalla de Don Pelayo con los Moros, en que los vence. Queda sosegado Don Pelayo, y se dedica al Gobierno de sus conquistados Estados. Su muerte. Levantase Don Garcia contra los Morò s, y toma à Ainsa. Viene contra él un poderoso Exercito de Moros, y los vence con poca gente milagrosamente. Aparicion de la Santisima Cruz. Bula de Confirmacion, que el Papa embiò à los dos, Don Pelayo y D. Garcia, de Reyes.

A La fama de la milagrosa victoria acudieron muchos Christianos à reconocer à D. Pelayo por su Rey, y ofrecerse à su servicio, con que aumentò en grande manera su gente, y

se fue apoderando de las Asturias, sin poca, ninguna contradicion; porque con la derr pasada quedò el Moro muy escarmentado, y ganas de volver à nueva pelea por entonc Creese, que consiguiò otras victorias, aunq los Historiadores no las dexasen apuntadas; p que le fue forzoso combatir varias Plazas, Gobiernos que tenian los Moros en las Asturi donde en algunas hicieron bastante resistenci mas en otras poca. Don Pelayo, luego que co siguiò la principal victoria, fue sobre Gijon, y fuerza de armas la asolò, y puso por el suel en memoria de haber sido el lugar donde M nnuza le deshonrò à su hermana y cometiò traycion. De la Infanta no se escribe en q parò: se cree, que con tan buen abrigo, com el del Rey su hermano, pasaria dada à buenos, virtuosos exercicios.

Poblò despues Don Pelayo à Pravia, mandò edificar el Monasterio de Santa Eulal de Belamio, empleando alli muchos de los de pojos, y riquezas, que habia cogido à los M ros, y en accion de gracias por la victoria co seguida. Insistian no obstante los Moros en p seguir; pero al fin viendose una, otra, y ot vez rechazados, y con pèrdidas considerable

ofre-

ofrecieron à Don Pelayo una suspension de ar-
nas, mediante un tributo annual muy modera-
o: condicion, en que consintiò el Infante, pa-
eciendole, y con razon, que no era poco ganar
n aquellas circunstancias; porque andaban en
u campo los viveres tan escasos, que aun los
el mayor espiritu discurrian, y votaban por la
ecesidad de capitular.

No era la intencion de los Barbaros dexar
or mucho tiempo à Don Pelayo en la quieta
osesion de su conquistado Estado, sino de bol-
er luego sus armas contra èl, y destruirle del
do. Pero en medio de eso, aprovechòse Don
elayo de la tregua para fortificarse, disciplinar
gente, y animarla con estos sucesos, y pre-
enirse de viveres: lo qual le hizo muy al caso;
rque los Moros distribuyeron al pie de qua-
nta mil hombres en las cercanìas de Asturias,
n orden de contener à los Pueblos reducidos,
li de observar los movimientos de Don Peleyo.
esas viendo los Mahometanos, que el Principe
o atrincheraba, que cada dia se iba engrosando
s el numero de sus tropas, y que se declara-
en por èl todos los Montañeses desde los Pyri-
tos hasta Galicia, resolvieron atacarle, en la
posicion de sorprenderle. Pero le hallaron

tan

tan prevenido, que no solo sufriò la carga c
intrepidez, sino que rechazò à los enemigos c
tanto valor, que dexò tendidos veinte mil ca
veres en el campo de batalla, pereciendo
demàs yà en los principios, y yà en los de
laderos.

Con tales escarmientos tubieron à bien
Moros dexar à Don Pelayo; porque llegar
por entonces à tomarle miedo, con que qu
sosegado este Principe, ocupandose en po
en forma todo lo que habia restaurado. Cas
asimismo con Gaudiosa, de quien tuvo à Fa
la, y à Hermesendà, muger, que fue de
Alonso Primero. Muriò este gran Principe
taurador à 18. de Septiembre del año 737.
Cangas de Onis. Fue sepultado à la puerta
la Iglesia de Santa Eulalia, que èl habia ed
cado, y graves Autores dàn à este Rey tit
de Santo.

Asi como Dan Pelayo tuvo en sus pri
pios milagrosas victorias, tambien las tuvo
Rey Garcia Ximenez, el qual con el nuevo
tulo de Rey de Navarra, y Aragon, vistie
de animo, y fortaleza, para debelar à los M
Juntò su gente, que los que mas, se alargar
numero de seiscientos: mas asegurados con
bue

buenos deseos, y la justa causa que llevaban, mas que en las fuerzas y poder humano, confiaron en el Divino. Fueron sobre Ainsa. Como llegaron impensadamente, la combatieron, y tomaron con grande terror, y espanto de los Moros, tanto mayor, quanto era el descuido con que estaban, y sin pensar, que los Christianos pudiesen acaudillarse, ni hacer guerra por aquellas partes, que todos se habian subido à los montes Pyrinèos. Esta victoria, como primera, y de tanta importancia, causò à los Christianos tanto gozo, y deseo de continuar la guerra, y conquistas, como lo habian acordado: pero quando los Moros supieron esta pèrdida, fundaron todo su poder para recobrar à Ainsa.

El Rey Don Garcia diò gracias à Dios, y ordenò se dixese Misa, y renovarse el culto Divino en aquella nueva poblacion. Reparò asimismo los muros, y saliò al encuentro à los Moros con la gente que pudo recoger, que à la fama de la victoria pasada era yà mas en numero, aunque mucho menos en comparacion de los Moros que venian sobre ellos. Quando el Rey, y los suyos vieron tan numeroso Exercito de Barbaros perdieron el animo, y esperanza de vencer; y pareciendoles no tener otro remedio,

se

se aparejaron para morir, encomedándose Dios, de quien les podia venir el socorro, y favor en tan grande necesidad, y evidente peligro y asi implorando el Divino auxilio, y al glorioso San Juan, en cuya cueva habian tomado la resolucion de la conquista, y hecho su eleccion, como los Asturianos en la de Covadonga, levantando sus ojos al Cielo, de donde esperaban el favor en el presente trabajo, viò D. Garcia, y tambien los suyos sobre un roble una Cruz resplandeciente, y como si en ella oyeran la voz que del Cielo oyò Constantino el Magno: *In hoc Signo vinces.*

Animados con la Celestial Señal, como si se vieran vencedores, dieron con tanto impetu, y furia contra los enemigos, que el acometer, y vencer, todo fue uno. Murieron infinitos Moros, y cogieron grandes, y muchos despojos. Quedaron los Mahometanos desde entonces atemorizados, y sin ganas de bolber à pelear con los Christianos; con que asi Don Garcia, como Don Pelayo fueron constituidos los primeros Reyes de España, y los primeros restauradores de ella, y que dieron principio à expeler de nuestros Reynos tan soez, y perversa canalla como los Moros.

Lle-

Llegò à noticìa de nuesrro Santisimo Papa San Gregorio II. la restauracion de estos dos Catholicos, y valerosos Principes, y enviò una Bula aprobando la eleccion que los Asturianos hicieron en Don Pelayo, y los Navarros en D. Garcia. Merecido blason para estos Christianisimos Reyes: pues abrieron el camino à sus Subcesores, para recuperar todo lo perdido por los Godos, y si bien se advierte, esta pèrdida diò ocasionalmente à España el supremo lustre. Sin tanta fatal ruina no se lograra Restauracion tan gloriosa. Quanta sangre derramò el cuchillo Agareno en estas Provincias, sirviò à fecundarlas de palmas, y laureles. Ninguna Nacion puede gloriarse de haber conseguido tantos triunfos en toda la larga carrera de los Siglos, como la nuestra logrò en ocho que se gastaron en la total expulsion de los Moros. No se recobro palmo de tierra, que no costase una hazaña. No se podia adelantar un paso, sin que las manos abriesen camino à los pies. No habia otra senda, que la que rompia la punta de la lanza. Y en fin, no habia movimiento sin peligro; no habia peligro sin combate, y por el numero de los combates se contaban las victorias.

Bien es verdad, que interpuso la Omnipoten-

tencia muchas veces en nuestro favor extraord
narios auxilios: pero este es nuestro mayor bl
son. Tan unidos estaban los intereses del Ciel
y los de España, que en los mayores ahogos d
España se explicaba como auxiliar suyo el Ci
lo. Què grandeza iguala à la de haber visto l
Españoles à los dos Celestes Campeones, Sa
tiago, y San Millan, mezclados entre sus E
quadras? Era el empeño de la guerra de Esp
ña comun à la triunfante Milicia del Empyre
porque juntandose en los Españoles los dos m
tivos del amor de la libertad, y zelo de la rel
gion, quanto para sì ganaban de terreno,
tanto aumentaban al Cielo
de culto.

FIN.

F I N.